

bespierre publicó poco después. Al leerlo cree uno soñar: tan inverosímil es la imputación y tan absurda.

¿Sabéis porque proponía Brissot, en Julio del 91, la república? Era, según Robespierre y Desmoulins, para preparar la matanza del Campo de Marte.—Todo lo que hacía Brissot, era para hacer aborrecible al pueblo, de antemano, la libertad, para hacerle echar de menos la esclavitud, «para hacer abortar la libertad del universo por su apresuramiento en hacer que la Francia diese á luz antes de tiempo.»

He aquí el texto común del maestro y del discípulo. Después, éste se abandona á su verbosidad. ¿Porque instigó Brissot á Barnave y á Lameth? Para lanzarlos en brazos de la corte, darla fuerza y acabar con la Revolución. ¿Por qué precipitó la abolición de la esclavitud de los negros? Para incendiar á Santo Domingo y que se calumniase á la Revolución. ¿Por qué en esta ocasión, reprocha á Desmoulins el haber defendido las casas de juego? Para disgustar á los jugadores, multiplicar los enemigos de la Revolución y perder la libertad.

El discípulo no es digno del maestro. Desmoulins no maneja todavía la calumnia como Robespierre. No la deja como éste indecisa y nebulosa, desleída en una palabra vaga, insignificante, en la que se ve todo lo que se quiere. Pone demasiado talento en ella, demasiado ingenio, claridad, luz. Se hace extremado, se hincha, aumenta, exagera, y llega al ridículo, por ejemplo, cuando compara á Carlos IX con Lafayette.

Robespierre quedaba entregado á esta lucha personal. Retenía á los Jacobinos y los ponía en ridículo, no queriendo nada, no haciendo nada más que hablar, acusar, temblar, decir siempre: «Tengamos cuidado, no avancemos, no nos comprometamos,—abstengámonos, contentémonos con vigilar al enemigo...» Un achaque del tiempo era atribuirlo todo á los Jacobinos, como antes había estado de moda el imputárselo todo al duque de Orleans. Aquella gran sociedad de inquisición y de charla, era como una sombra siniestra erguida sobre la Francia, á la cual se consideraba siempre, en la que siempre se creía ver el punto de partida de todo movimiento. Esto era falso con seguridad en aquel momento de que hablamos. Los Jacobinos, retrasados por su carácter intrínseco (desconfianza y negación), retrasados por el interés de los Jacobinos compradores de bienes nacionales, que temían mucho la guerra, no hacían nada.

Permanecer inertes cuando el mundo marchaba, cuando los acontecimientos se precipitaban, les hubiera expuesto á desacreditarse muy á prisa. Pero el prejuicio del tiempo, las acusaciones continuas que hacían, contribuía á realzarlos. Un artículo ingenioso y elocuente de Andrés Chenier, en que penetrando el genio inquisitorial de la sociedad señalaba con precisión su principio fundamental (el deber de la delación), y decía que eran unos monjes, produjo gran sensación en el público, y la mostró como todavía más temible de lo que se había creído.

Lo que aumentó aún más su importancia, es que el emperador Leopoldo en las actas públicas que fueron comunicadas á la Asamblea (el 19 de Febrero del 92) señaló «aquella secta perniciosa» como el principal enemigo de la monarquía y de todo el orden público. La acusación del extranjero ligó singularmente la Francia con la sociedad jacobina: la multitud se precipitó en ella.

Europa contemplaba á Francia. La emperatriz de Rusia se había apresurado á tratar con Turquía, y lo había hecho sin regatear, en condiciones moderadas, preocupada evidentemente por un asunto más grave todavía. ¿Cuál? era facil adivinarlo: el aniquilamiento de las revoluciones de Polonia y de Francia.

El 7 de Febrero se había firmado en Berlín un tratado de alianza ofensiva entre Austria y Prusia; sin embargo, estas potencias no debían obrar hasta que hubiera estallado aquí la guerra civil.

Era cada vez más probable, y comenzaba ya en los asuntos religiosos. Los curas que se casaban eran cruelmente perseguidos. La Asamblea, en esta materia del matrimonio de los curas, se había limitado á declarar que «no siendo contrario á las leyes, era superfluo legislar expresamente sobre el particular.» Esto era una aprobación tácita indiscreta. Dos curas lo creyeron así, se casaron, y se vió al pueblo amotinado, á los magistrados municipales capitaneándolo, arrojarlos violenta é ignominiosamente de sus curatos. En revancha los patriotas de no sé qué lugar, furiosos por un entierro realizado por un refractario, quisieron desenterrar al muerto para hacerle bendecir en nombre de la ley. En París la lucha parecía inminente, la sangre próxima á correr. La corte había encontrado medio de crear un ejército. Me refiero á la Guardia Constitucional del Rey que había autorizado la Asamblea constituyente, pero que había llegado á ser muy numerosa y temible. Debía componerse de mil ochocientos hombres, y ya constaba de cerca de seis mil. La Asamblea había dotado al rey de casa civil y casa militar; solamente se había organizado la segunda. Era un arma de lo que la reina se había apoderado con avidez. «Vuestra majestad, le decía Barnave, es como el joven Aquiles, que se descubrió á sí mismo, cuando le dieron á escoger entre la espada y los joyeles femeninos; él, sin vacilar, empuñó la espada.

No era una guardia de adorno como se había creído. Fué reclutada cuidadosamente, hombre por hombre, en dos clases de las más peligrosas; por una parte hidalgos de provincia, valientes y fanáticos como Enrique Larochejaquelein; por otra maestros de esgrima, tiradores experimentados, hombres audaces y aventureros; basta con nombrar á Murat.

Aquel pequeño número con los suizos y una parte de la guardia nacional de confianza, era en realidad una fuerza mucho más seria que las muchedumbres indisciplinadas de los barrios de París. Estas comenzaban á armarse. La Gironda, valiéndose de todos los medios de

suscripciones y de la prensa, fomentaba en todas partes la fabricación de picas. Quería armar á todo el pueblo.

A pesar de las faltas en que más adelante incurrió este partido, debemos reconocer sus méritos. Impulsó, en aquella crisis, el principio revolucionario con extraordinaria generosidad y grandeza. Por una parte (en una carta conmovedora de Petion) dejaba traslucir la esperanza de la Revolución en una conciliación amistosa entre la burguesía y el pueblo, entre los pobres y los ricos. Y esta conciliación la fundaba sobre una confianza inmensa, poniendo las armas en manos de los pobres.

Las armas para todos, la instrucción para todos; en fin, en provecho de todos, un sistema fraternal de socorros públicos. En ninguna parte ha sido expuesta esta fraternidad con un respeto más tierno hacia el pobre como en la proclama á Francia, redactada por Condorcet (16 de Febrero del 92).

La igualdad así establecida, debía mostrarse y hacerse visible por la adopción sino de un mismo traje, lo cual es impracticable, al menos por un signo común. Se adoptó el gorro colorado, que llevaban entonces sin excepción los aldeanos más pobres. Se prefirió el color rojo á cualquier otro, como más alegre, más brillante, más agradable á la multitud. Nadie pensaba entonces que el rojo fuese el color de la sangre.

Una mujer, una madre, fué la que en medio de los peligros exteriores é interiores, escribió (el 31 de Enero de 1792) al club del Obispado, que era preciso abrir una suscripción para la fabricación de picas y el armamento universal del pueblo. Los asistentes conmovidos dieron inmediatamente todo lo que pudieron. La prensa girondina dió publicidad á la cosa. Los Jacobinos, poco partidarios de la guerra y mortificados sin duda de que los hubiesen ganado la delantera, no se entusiasmaron con las picas ni con los gorros colorados, y guardaron un profundo silencio. El 7 de Febrero un entusiasta saboyano, Doppet, les presentó un herrero que iba á ofrecerles las picas que él había forjado, y se nombraron comisionados para que perfeccionasen aquella arma.

El entusiasmo del barrio de San Antonio, que el 89 había utilizado tan bien las picas, fué extraordinario. Su famoso orador, Gonchon, fué al club del Obispado á ofrecer las flámulas tricolores que debían adornar las picas. «Darán la vuelta al mundo, dijo Gonchon, nuestras picas y nuestras flámulas! Nos bastarán para derribar todos los tronos. ¡La escarapela tricolor ha nacido del gorro de lana y llegará hasta el turbante!»

Al expresar el rey sus inquietudes por aquel armamento general, no se atrevió la municipalidad á oponerse. Únicamente ordenó á los que se armaban con picas, que lo declarasen en su sección y que no obedeciesen más que á los oficiales de la guardia nacional ó de línea. De este modo no formaban cuerpo, no tenían oficiales propios.

El rey y los Jacobinos, á pesar de la poca simpatía que sentían hacia las picas, se vieron precisados á transigir. La diputación de Marsella, con Barbaroux á la cabeza, fué á quejarse en el seno del club de la lentitud con que se les daban armas. «Se teme que se arme al pueblo, dijo, por que quieren oprimirlo todavía. ¡Ay de los tiranos! no está lejano el día en que la Francia entera se levante erizada de picas!...»

En aquel mismo momento pidieron permiso los de las picas para entrar y se les dijo que el reglamento prohibía que se llevasen armas. «¡Que entren! dijo Manuel, pero para ser depositadas al lado del presidente.» «(¡Si!, ¡si! ¡No!, ¡no!)»—Pero entonces, Danton, con un impulso noble y generoso: «¿Es qué no veis que las banderas colgadas en el techo están armadas con picas? ¿Quién es el que lo encuentra censurable? Pongamos más bien en adelante una pica en cada bandera, y sea esto la alianza eterna de las picas con las bayonetas!» Tempestad de aplausos. Las picas consiguieron entrar.

Era la locura del día, la preocupación universal, conmovedora, ridícula. En el barrio de San Antonio, la mujer de un tambor dió á luz una niña que fué apadrinada por un vencedor de la Bastilla, Thuriot, y bautizada por otro, Fauchet, también vencedor. Sobre la pila bautismal se había puesto una bandera de la Bastilla, con el gorro de la libertad. El órgano tocó el ¡*Ça ira!*! El padre prestó en nombre de la hija el juramento cívico, y fué bautizada con un nombre que no estaba en el calendario: Petion-Nacional-Pica.

La guerra era segura. Leopoldo, el soberano más contrario á ella, murió repentinamente el 1.º de Marzo. Y la Gironda derribó al ministro por medio del cual la corte, de acuerdo con Leopoldo, había conseguido hasta entonces dificultar el movimiento.

El 18 de Marzo, Brissot acusó solemnemente, con documentos fehacientes, al ministro Delessart, de haber eludido constantemente la ejecución de los acuerdos de la Asamblea, de haber negociado cobardemente la paz con el emperador que la necesitaba, que no estaba entonces preparado y que debía temer la guerra.

Aquel acto imprevisto, atrevido, era un golpe dirigido al rey en persona. Era demasiado evidente que Delessart no había desobedecido á la Asamblea más que para obedecer al rey.

Era un golpe indirecto, pero bien dado á Robespierre. Todos los documentos que se leyeron para atacar á Delessart probaban, contra la opinión de Robespierre, que la corte no había querido la guerra de ningún modo, que al contrario, á toda costa, quería evitarla.

Francia se hallaba como un hombre con las dos manos atadas; la izquierda ligada por la corte, la derecha por Robespierre y la fracción jacobina que representaba realmente el genio de los Jacobinos.

Retraso fatal de un movimiento inevitablemente engendrado. El movimiento no se detenía, pero se convertía en una agitación constante,

en un giro convulsivo de Francia sobre si misma; parecía próxima á quebrarse.

Los Girondinos, con aquel acto decisivo que no era más que un golpe dado sobre el obstáculo, sobre el nudo que lo retenía todo, reproducían al pie de la letra la idea de Sieyes en el 89: «Cortemos el cable, ya es tiempo.»

La unión de las Tullerías y de Viena, la completa identidad de pensamientos y de aspiraciones entre la corte y el enemigo, se habían declarado claramente en el acta de Leopoldo, en que parecía perfectamente instruido de nuestra situación interior, de la actitud de los partidos, de la importancia de los clubs, etc. Habían hecho con bastante torpeza hablar al emperador como un Fuldense, como Duport ó Lameth. Lo cual no tenía nada de particular. El acta de Viena había sido redactada precisamente sobre las notas facilitadas por ellos á la reina.

Ellos eran los que la aconsejaban. En cuanto á Barnave desde fines de Diciembre había salido de París.

La reina era el lazo entre los Fuldenses y Austria, el fatal obstáculo que lo detenía todo.

Señalado así el objeto, la Gironda puso la espada nacional entre las potentes manos de Vergniaud.

Resumió la acusación de Brissot. demostró como él la inercia calculada de la corte en todos los asuntos, y luego añadió un hecho terrible que Brissot no había dicho: «Aquí no es á mí á quien vais á oír, es una voz lastimera que sale de la horrible *glaciere* de Avignon. Ella os grita: El decreto de anexión á la Francia se dictó en Septiembre. Si hubiese llegado enseguida, hubiera producido la paz. Al hacernos franceses, quizás hubiéramos olvidado nuestro odio, nos hubiéramos convertido en hermanos. El ministro guardó dos meses el decreto. Nuestra sangre, nuestros cadáveres son los que le acusan hoy.»

Luego, recordando el famoso apóstrofe de Mirabeau. (Desde aquí veo la ventana etc, etc.) «Y yo también puedo decir, desde esta tribuna se ve el palacio donde se trama la contrarrevolución, donde se preparan las maniobras que deben entregarnos al Austria... Ha llegado el día en que podéis poner término á tanta audacia y confundir á los conspiradores. El espanto y el terror han salido con frecuencia de aquel palacio en los tiempos antiguos, en nombre del despotismo; que vuelvan á entrar hoy allí otra vez en nombre de la ley...»

Un estremecimiento inmenso siguió al ademán admirable con que el gran orador devolvió tranquilamente el espanto al palacio de la monarquía. Ninguna frase de Mirabeau había producido tan gran efecto. Es que ahora el hombre era digno de la magistratura terrible que ejercía en la tribuna; el carácter estaba al nivel del mismo genio. Era la voz del honor.

«...Que penetren allí los corazones, añadió. Que sepan bien los que le habitan que la Constitución sólo hace inviolable al rey. La ley

alcanzará á los culpables, sin hacer ninguna distinción. No hay cabeza criminal á la que no llegue su espada.»

Este formidable discurso y el de Brissot eran, hay que decirlo, actos de gran valor. Si la Gironda amenazaba con las picas y los arrabales, también la vida de los Girondinos en medio de cinco ó seis mil espadachines y matones de la nueva guardia, mucho más militar que la turbamulta de los barrios, no estaba muy segura. Se les veía armados con puñales y pistolas asistir á las sesiones, llenar las tribunas y los corredores, no estando muy lejano el día en que el puñal realista debía herir á Saint-Forgeau.

Aquí la palabra rompió la espada y el puñal. El espanto, como dijo Vergniaud, volvió á entrar en las Tullerías. Delessart fué abandonado, Narbonne no pudo sostenerse. Habiendo intentado acusar á la guardia nacional de Marsella que había desarmado en Aix un regimiento suizo, Narbonne fué silbado, y cayó.

La corte se dejó imponer el ministerio de la Gironda (fin de Marzo de 1792).

